

Había pasado todo un año imaginando cómo sería, qué sentiría cuando el otoño muriera y hasta las hojas del calendario hubieran caído una por una, revelando un nuevo mes de diciembre. Épocas de temor y duda se habían mezclado, en pocas ocasiones, con momentos de tenue ilusión provocados por la fuerza de un recuerdo que se negaba a morir en su memoria. ¿Sería capaz? No, claro que no, por supuesto que no. A veces, incluso tenía la sensación de que debía luchar por no ser capaz, de que tenía que pelear por ello...habría dado mil vidas por dormir y despertar lejos de ese instante, lejos de la navidad. Sí, las épocas de temor y duda tenían razón...¿cómo pensar lo contrario?

...Ana, hacía un año que había muerto...¿Cómo podía pensar siquiera en ser capaz de hacer cómo si no hubiera pasado nada? ¿Cómo podía? No, tan solo debía llorar, debía llorar sin descanso, si existía un momento, era ese, el del aniversario de su muerte...pero no podía, no podía llorar.

Estaba ocurriendo. Pese a que se descubrió a sí mismo negándolo un millón de instantes, ni la temible oscuridad de su alma, ni tan siquiera su rostro lleno de dolor y recuerdos, habían podido ahogar bajo su manto negro el brillo de una nueva navidad. Quiso creer que todo había muerto, que sin Ana, todo se volvería gris incluso en aquella época del año y que podría llorarla...

...subestimó la navidad...la magia de la navidad.

Y es que todo era igual, tal y como había sido siempre desde que la navidad había nacido. Las luces volvieron a brillar, las familias a reunirse junto al fuego, los villancicos seguían sonando exactamente igual que el año anterior y los niños, sí, los niños, seguían mereciendo ser felices, seguían mereciendo tener su navidad. Sin duda fue su magia, la magia de esa imperecedera época del año, la que con el primer copo de nieve de aquella mañana había vuelto a despertar un recuerdo desde el dormido interior de su agrietado corazón...

...el recuerdo de una promesa...

- “Te prometo que jamás te olvidaré...desde hoy, viviré cada día por ti, por ti mi amor, por la vida juntos que hoy Dios nos arrebató. El recuerdo de tu piel será mi abrigo cuando el frío apriete, el recuerdo de tu boca será mi alimento cuando el hambre golpeé con fuerza mis noches, el recuerdo de tus ojos mi lecho cuando tenga que dormir, y tu nombre, tu nombre Ana, la fuerza que hará que mi sangre de payaso siga latiendo dando vida a un corazón, que hoy muere porque tu lo haces. Haré reír, sí, haré reír...seré payaso, por ti, mientras quede un instante de mi vida en mi alma ”

Así fue como, pese a que solo tenía ganas de llorar y pese a que tenía su corazón devastado, aquel recuerdo regresó al payaso, ...y este, cumplió su promesa...

Como cada año, había pasado el día repartiendo caramelos y sonrisas por las calles, por todos los rincones, desde el hospital infantil hasta la zona más noble de la ciudad. Volvió a reír ocultando su dolor bajo el maquillaje, y hasta había conseguido calzarse de nuevo los zapatos más grandes del mundo, logrado dibujar una roja nariz redonda justo en el centro de su cara y hasta pudo cubrir su desmejorado cuerpo con las ropas que vestiría una carcajada si alguien decidiera confeccionarla un traje...sí, había sido payaso una vez más...

...y en cada sonrisa, en cada caramelo, globo y golosina, ella había estado con él, y él con ella.

Sí, es posible que solo fuera un mendigo con un disfraz, pero hasta los payasos saben amar...y él no había dejado de amarla ni un solo instante durante aquel día...